

fuerzas y produce una complicación creciente y eterna; que el crecimiento de heterogeneidad así producido continúa aún y continuará produciéndose; y que por lo mismo, el progreso no es un accidente, ni algo que cae bajo el poder humano, sino una *bienhechora necesidad* (1).

(1) Esa fórmula y causa de la evolución sirve á Spencer para encontrar la ley de unidad de todos los fenómenos del universo y con ella la unidad de las ciencias y con esta unidad la concepción filosófica de su sistema, dando á la palabra *filosofía* el sentido que expresamos en el número 439 del segundo tomo de esta obra. Penetrando más en la causa primitiva de la evolución enseña el filósofo inglés: «Que toda materia ó cuerpo está forzosamente en evolución ó en disolución; supóngase, en efecto un átomo, en reposo: es, pues, que recibe de todas partes acciones iguales que se neutralizan perfectamente; luego la materia está esparcida á su alrededor en cantidades iguales por todas partes; si además su reposo es durable, es que la disposición de la materia ambiente no varía y que ese átomo es el centro de un universo en reposo; pero se puede decir lo mismo de todos los átomos, puesto que todos están en reposo. El Universo es por lo mismo un compuesto de partes homogéneas, cuyo centro estando en todas partes, la circunferencia no está en ninguna; pero estas partes son infinitas en número; que un número infinito exista actualmente, que él sea realizado, *numerado*, siendo innumerable, es una hipótesis absurda. Luego un cuerpo en reposo es inconcebible, porque la noción de un mundo homogéneo é infinito á la vez, es contradictoria . . . . He aquí, pues, la inestabilidad de lo homogéneo engendrando fatalmente la evolución. . . . Esta causa suprema de la evolución y las inducciones de los hechos observados nos autorizan á extender esa maravillosa y simultánea transformación de todo hasta donde es posible, pudiendo notarse la sublime y universal armonía, en cuya virtud á la vez que cada individuo, se desarrollan también la sociedad de que aquel es unidad, y la tierra de la cual esa sociedad forma una parte casi inapreciable, y el sistema solar de cuyo volúmen apenas es el de la tierra una millonésima parte, y el sistema sidereo compuesto quizá de muchos millones de sistemas solares.

Así comprendida la evolución, no es *una sola* en principio, lo es

441. Pero esta ley, ó esta gran concepción filosófica

de hecho; no hay muchas metamorfosis evolutivas que se verifican simultánea y uniformemente, sino que existe una sola que se verifica doquier no se verifica ó puede dominar ya la metamorfosis contraria; en cualquier sitio del espacio en que la materia adquiera individualidad, caracteres distintos de otra materia, allí hay evolución; ó más bien, la adquisición de esa *individualidad* es el principio de la *evolucion*.»

Refiriéndose después á la *ley de los tres estados* de Comte y á las relaciones entre la ciencia, la filosofía y la religión, da otra explicación de aquella ley y otra solución á esas relaciones.

«Reconozcamos á la religión el gran mérito de haber vislumbrado siempre el último principio y de no haber cesado jamás de proclamarle; en el más grosero fetiquismo se puede ya reconocer la conciencia de un misterio; (Ve Max Muller *Essais sur l'histoire des religions*, introducción, pag. 35) cada una de las creencias sucesivas al desechar las sencillas y pueriles interpretaciones, que se daban antes de ella, de la naturaleza, se ha hecho *ipso facto* más religiosa que las anteriores; á medida que las potencias concretas y concebibles, que se suponía eran las causas de las cosas, han sido sustituidas por potencias menos concretas y concebibles, el elemento misterioso ha ido haciéndose necesariamente preponderante. La historia religiosa no es, en el fondo, más que la serie de faces de la desaparición de los *dogmas positivos* (groseros y superticiosos) que pintaban el misterio del misterio. Así, la Religión se ha acercado cada vez más al reconocimiento completo de la existencia del misterio, que es su objeto final ó definitivo. . . . .

Por esa creencia, esencialmente cierta, es por lo que la Religión ha combatido siempre; se unió á ella cuando la cubrían burdas vestiduras; sigue unida á pesar de los disfraces que aún la desfiguran, y no cesa de defenderla. Ha proclamado y propagado por doquier bajo diversas formas la doctrina de que todas las cosas son manifestaciones de un poder que supera á nuestro conocimiento. Siglo tras siglo la ciencia ha vencido á la Religión en todo lo que ésta ha pretendido sostener contra aquella y la ha forzado á dejar algunas de sus posiciones; más á pesar de esos reveses, la Religión defiende las posiciones que aún le quedan, con una obstinación inquebrantable. Se puede mostrar la inconsecuencia lógica de sus conclusiones,

de la evolución en ninguna esfera del pensamiento huma-

se puede probar el absurdo de cada uno de sus dogmas particulares; más no se puede quebrantar su fidelidad á la verdad última que proclama. La crítica ha pulverizado todos sus argumentos y la ha reducido al silencio; pero la Religión guarda siempre el sentimiento indestructible de una verdad que á pesar de los vicios de los dogmas que la expresan, no por eso está menos fuera de toda discusión. Su adhesión á esa creencia ha sido esencialmente sincera, y la humanidad la debe y la ha debido siempre reconocimiento por haberla conservado y propagado.

Pero si la Religión ha tenido desde el principio la misión de impedir á los hombres absorberse completamente en lo relativo y en lo inmediato y de revelarles la existencia de *algo superior*, no la ha cumplido casi siempre sino muy imperfectamente. La Religión ha sido siempre más ó menos irreligiosa; lo es aún hoy. En primer lugar, ha pretendido poseer algún conocimiento de lo superior á todo conocimiento, contradiciendo así sus propias doctrinas. Tan pronto afirma que la causa de todo es incomprendible; tan pronto dice que posee tales ó cuales atributos y que es comprensible. En segundo lugar, si por una parte ha sido sincera en su fidelidad á la gran verdad que tenía la misión de defender, no lo ha sido á veces, y por tanto ha sido irreligiosa, afirmando doctrinas que ofuscaban y comprometían esa verdad. Discutiendo cada una de las afirmaciones de la Religión sobre la esencia, los actos y los motivos de ese poder que el Universo nos revela, se ha visto que están en contradicción unas con otras, ó consigo mismas. Con todo, siglo tras siglo, se ha servido de esas afirmaciones, aunque debía saber que no podían soportar una severa crítica. Pareciendo ignorar que su posición central es inexpugnable, la Religión ha defendido con obstinación todas las obras exteriores, mucho tiempo después que eran evidentemente insostenibles. Esto nos lleva naturalmente á la tercera y más grave forma de irreligión que la Religión ha tenido, á saber: una creencia imperfecta en el objeto que ha hecho particularmente profesión de creer. La Religión no ha comprendido nunca bien que su posición central es inexpugnable. Todos los días lo estamos viendo: en la más fervorosa fé hay un núcleo de excepticismo, y ese núcleo es la causa del miedo que tiene á la Ciencia la Religión. Obligada ésta por aquella á ir aban-

no ha tenido tanta resonancia y aplicación como en el

donando una á una las supersticiones que defendía ántes valientemente y viendo cada día sus más caras creencias más y más quebrantadas, la Religión tiene miedo de que llegue un día en que todo se explique; y de ese modo demuestra que en el fondo, duda de la incomprendibilidad de lo que proclama incomprendible..

El elemento verdaderamente religioso de la Religión ha sido siempre bueno; sus elementos irreligiosos son los únicos reconocidos insostenibles en teoría, y malos en la práctica; pero se ha ido purificando de ellos cada vez más.

Notemos ahora que el agente de purificación de la Religión ha sido siempre la *Ciencia*. Generalmente se tiene poco en cuenta ese aspecto de las funciones científicas. La Religión ignora ó desprecia la deuda inmensa que ha contraído con la Ciencia, y ésta sabe apenas lo que la Religión la debe. Y sin embargo, sería fácil probar: que todos los grados de desarrollo recorridos por la Religión, desde sus primitivas creencias hasta las ideas, relativamente elevadas, que hoy profesa, los ha recorrido, gracias á la Ciencia ú obligada por la Ciencia. En nuestros tiempos mismos ¿no la impulsa la Ciencia á que avance en el mismo sentido? Si damos á la palabra Ciencia su verdadero sentido, es decir, si representa la suma de conocimientos positivos y definidos acerca del orden que reina entre los fenómenos que nos rodean, vemos manifestamente que desde el principio, el descubrimiento de un orden establecido ha modificado la idea del desorden ó del orden indeterminado que hay en el fondo de toda superstición. Cuando la experiencia enseñó que ciertos cambios—los más familiares—suceden siempre en el mismo orden, el concepto de una personalidad especial, cuya voluntad regía esos cambios, tendió á borrarse del espíritu humano. Y cuando sucesivamente, la misma suerte corrió á los cambios menos familiares, las creencias correspondientes sufrieron también análoga modificación . . . . .

Muchas veces, la ciencia, como la Religión, no ha cumplido su misión sino muy imperfectamente. Del mismo modo que la Religión ha estado inferior á sus funciones, porque ha sido irreligiosa, la Ciencia ha estado inferior á las suyas, porque ha sido anti-científica. Notemos los puntos de semejanza. Cuando la ciencia comenzó en su origen á enseñar las relaciones constantes de los fenómenos

orden de las ciencias morales, sociales y sobre todo en

y en consecuencia desacreditó la creencia en las personalidades distintas que se miraban como sus causas, les sustituye la creencia en potencias causales, que si no eran personales, eran á lo menos concretas. Cuando se hablaba del *horror de la naturaleza al vacío*, de la *aureidad*, del *principio vital* se establecía un modo de interpretar los hechos, que si era anti-religioso porque atribuía esos hechos á potencias no divinas, era también anti-científico, porque suponía conocer lo que no conocía en lo más mínimo. Por fin, la Ciencia ha abandonado esas potencias metafísicas, ha reconocido que no tenían existencia independiente, que no eran sino combinaciones particulares de causas generales; en consecuencia, ha atribuido después grandes grupos de fenómenos á la electricidad, á la afinidad química y á otras fuerzas generales análogas. Más, haciendo de esas fuerzas entidades independientes y últimas, la Ciencia ha guardado, en suma, la misma actitud que antes. Explicando así todos los fenómenos, incluso los de la vida y del pensamiento, no sólo ha perseverado en su antagonismo aparente con la Religión, porque ha recurrido á potencias radicalmente distintas de las de aquella, sino que también ha seguido siendo anti-científica porque ha supuesto saber algo de la naturaleza de esas potencias. . .

Vemos, pues, que desde su origen, tanto las faltas de la Religión, como las de la Ciencia, han sido hijas de un desarrollo incompleto. Simples bocetos en un principio, cada una de las dos ha crecido y ha ido tomando formas más perfectas; pero siempre les ha faltado algo para la perfección, y consecuencias, no más, de esa imperfección han sido todos sus desacuerdos; así se va estableciendo ya más armonía, á medida que ambas se aproximan á su estado definitivo.

El progreso de la inteligencia ha sido siempre doble. Cada paso de avance ha aproximado, á la vez, lo natural y lo sobrenatural, aun cuando los que han dado ese paso no lo hayan creído así. La explicación de un fenómeno se ha hecho mejor cuando, por una parte se ha desechado una causa relativamente concebible en su naturaleza, pero desconocida en cuanto al orden ó á la ley de sus acciones, y por otra se ha admitido una conocida en cuanto al orden de sus acciones pero relativamente inconcebible en su naturaleza. El primer paso que ha hecho salir á los hombres del fetiquismo universal implicaba

las *jurídicas*. Son incontables ya las obras escritas ba-

evidentemente el concepto de agentes menos asemejables á los agentes comunes, hombres y animales, y por consecuencia menos comprensibles. Pero al mismo tiempo esas potencias nuevamente ideadas se distinguían por efectos uniformes, eran mejor comprendidas que las reemplazadas por ellas. Todos los progresos subsiguientes han dado el mismo resultado. Las fuerzas más lejanas y más generales, que se llegaban á considerar como causas de los fenómenos, eran menos comprensibles que las fuerzas especiales sustituidas; es decir, que eran menos susceptibles de ser claramente representadas en el entendimiento; pero al mismo tiempo eran más comprensibles en cuanto se podía atribuirles sus acciones más completamente. El progreso ha dado, pues, tanto la demostración de lo desconocido positivo, cuanto la de lo conocido. A medida que la Ciencia se eleva á su apogeo, todos los hechos inexplicables se hacen explicables y naturales y al mismo tiempo se adquiere la certeza de que todos los hechos naturales y explicables son, *en su origen primero, inexplicables y sobrenaturales*. De ese modo nacen dos estados antitéticos del espíritu correspondientes á los dos lados opuestos de su existencia (objeto final de nuestro pensamiento); uno de estos lados constituye la *Ciencia*; el otro constituye la *Religión*.

Considerados los hechos de otra manera, podemos decir: que la religión y la ciencia han progresado sufriendo un deslinde gradual, y que sus interminables conflictos no han tenido otra causa que la separación de sus dominios y funciones. Desde el principio la Religión ha hecho grandes esfuerzos para unir más ó menos á su ignorancia la ciencia; y también la Ciencia ha querido retener más ó menos ignorancia que tomaba como ciencia. Cada una se ha visto poco á poco obligada á abandonar el terreno que retenía ilegítimamente y que la otra recobraba en virtud de un derecho real ó legítimo; el antagonismo de la Religión y la Ciencia fué la secuela natural de ese progreso. Desde el principio la Religión cuando afirmaba un misterio, hacía muchas *afirmaciones definidas* sobre tal misterio, suponía conocer su naturaleza en los detalles más íntimos; más como esto era pretender estar en posesión de un conocimiento *positivo*, era por tanto usurpar dominios de la ciencia. Desde los tiempos de las pri-

jo la inspiración de esa filosofía, ora estudiando proble-

meras mitologías en que se creía conocer la explicación del misterio hasta nuestros días en que ya no se conserva más que un corto número de proposiciones vagas y abstractas, la Religión se ha visto obligada por la ciencia á ir abandonando uno tras otro sus dogmas, es decir, sus pretendidos conocimientos de lo sobrenatural. Durante este tiempo la Ciencia sustituía á las personalidades que la Religión suponía para explicar los fenómenos, ciertas *entidades metafísicas* (el periodo metafísico de Comte) usurpando así el terreno de la religión, puesto que clasificaba entre lo comprensible formas de lo incomprensible. Bajo las presiones por un lado de la crítica religiosa que ponía en duda muchas veces sus hipótesis y por otro lado de su propio desarrollo, tuvo que renunciar la Ciencia á los esfuerzos que había hecho para encerrar lo incognoscible en los límites de lo cognoscible ó del conocimiento *positivo*, volviendo así á la Religión lo que de derecho le pertenece. Mientras no termine este deslinde, habrá más ó menos antagonismo entre estas dos esferas de nuestra actividad; pero á medida que los límites del conocimiento posible vayan siendo bien marcados, las causas del conflicto irán disminuyendo gradualmente. Cuando la Ciencia esté plenamente convencida de que sus explicaciones son *próximas y relativas*, y la Religión lo esté de que el misterio que contempla es *absoluto*, reinará entre ambas una paz perpetua.

La Religión y la Ciencia son, pues, necesariamente correlativas; ellas representan dos modos antitéticos de la conciencia que no pueden existir aislados; no se puede pensar en lo conocido sin pensar en lo desconocido, ni en esto sin pensar en aquello. Por consiguiente, ninguno de los dos puede hacerse más distinto, sin que el otro se haga á la par; usando una metáfora ya empleada diremos: que son los polos positivo y negativo del pensamiento; no puede crecer en el uno la intensidad de la corriente, sin que á la vez crezca en el otro. Así como durante el pasado se ha ido haciendo más claro el concepto del poder insondable causa de todo; en el porvenir se hará completamente perfecto tal concepto; la certeza de que ese poder existe y de que su naturaleza se eleva más allá de nuestra razón y de nuestra imaginación ha sido siempre el fin que se ha propuesto alcanzar nuestra inteligencia; la Ciencia

mas parciales del derecho, ora la evolución general de

llega ineludiblemente á esa conclusión cuando toca á sus límites, y la Religión la adopta como suya obligada por la crítica; esta conclusión satisface á la más rigurosa lógica y da al mismo tiempo al sentimiento religioso su más vasta esfera de actividad; debemos, pues, admitirla plenamente sin restricciones, ni reservas.

Dícese: que aun cuando la causa última de todo no pueda sernos realmente conocida como poseyendo tales ó cuales atributos, no dejamos por eso *de estar obligados* á la afirmación de esos atributos; y aunque las formas de nuestra conciencia sean tales que no se pueda de modo alguno introducir en ella *lo absoluto*, debemos concebir lo absoluto bajo esas formas: *es nuestro deber considerar á Dios como personal; es nuestro deber creer que es infinito*, dice M. Mansel. Inútil es decir que no reconocemos ese deber; si los argumentos acumulados en todo lo anterior tienen algún valor, resulta que no debemos ni afirmar, ni negar la personalidad divina. Nuestro deber quiere, que ni nos sometamos humildemente á los límites de nuestra inteligencia, ni nos rebelamos abiertamente contra ellos. Crea, quien pueda, que entre nuestras facultades intelectuales y nuestras obligaciones morales hay una guerra eterna; nosotros no admitimos ese vicio radical en la constitución de las cosas.....

La conclusión de todo esto es: que la diversidad de creencias forma parte, y parte no accesoria, sino esencial del orden universal. Viendo cómo algunas de las creencias religiosas están difundidas por todas partes y progresan continuamente, y si desaparecen renacen con modificaciones apenas sensibles, forzoso es deducir que son elementos necesarios de la vida humana, y que cada una de ellas es apropiada á la sociedad en que se desarrolla espontáneamente. Desde el punto de vista en que nos hemos colocado, debemos reconocer en esas creencias los elementos de la gran evolución, cuyo principio y fin están fuera de los límites del conocimiento y aún de la imaginación humana; es decir, modos de manifestación de lo Incognoscible.»

He aquí la ley histórica de Comte de los tres estados (teológico, metafísico y positivo) interpretada, explicada y orientada en sentido más amplio, más conforme con los datos de la historia, con las leyes del espíritu y con las de la ley universal de la evolución.

todo el derecho; evolución de los contratos, evolución de la propiedad, evolución de la familia, evolución del matrimonio, evolución social en general, evolución del gobierno ó del Estado, evolución del sistema representativo, evolución del derecho penal, evolución del derecho romano, evolución de la idea de justicia; en una palabra, no hay región de la inmensa geografía de la ciencia y de los fenómenos jurídicos á donde el espíritu científico guiado por la soberana ley de la evolución no haya penetrado descifrando enigmas, revelando misterios, disipando tinieblas, destruyendo preocupaciones y fanatismos é iluminando la marcha y dirección de los fenómenos sociales. Sobre todo en materia de criminología y derecho penal, se ha operado una verdadera transformación ó revolución iniciada por la escuela italiana siguiendo el criterio de la

lución; he aquí conduciendo esos tres estados, no al predominio y soberanía psicológica y social de las ciencias, sino á la armonía de ellas con la religión, (religión de lo sobrenatural) representando la metafísica realmente, no una etapa del espíritu, sino un expediente de transacción tan ineficaz, como provisorio; y he aquí por último cómo los estudios históricos tan desdeñosamente vistos por los enciclopedistas (Véase el artículo de Faguet citado poco há de la *Revue des deux Mondes*) asumen no sólo importancia, sino una verdadera necesidad científica para explicar los fenómenos sociales y jurídicos, pues así como sería imposible conocer, no ya la naturaleza de nuestro planeta desconociendo su historia geológica, sino la naturaleza, propiedades y condiciones de vida de una simple planta sin estudiarla en su proceso ó desarrollo desde grano hasta flor y fruto, así tampoco es posible conocer el futuro desenvolvimiento, la naturaleza, la marcha de las sociedades, de la civilización, del derecho, sin conocer su historia, las leyes de su evolución pasada, y entre esas leyes, las de la conciencia humana encarnada en el movimiento serial de sus teorías, de sus instituciones, de sus filosofías y de sus ciencias.

ley de la evolución, ya explicando por ella multitud de fenómenos que la metafísica, la teología y el romanticismo de la escuela de Rosseau habían considerado como efectos sin causa precisa y librados al azar.

442. Y nada más grandioso, más científico y que más aliente al hombre en sus luchas por su perfeccionamiento moral, que contemplar en la historia la marcha de la evolución del género humano tan sencilla como elocuentemente expresada en estas breves frases de un novelista psicólogo y filósofo, de Anatole France, en el juicio crítico de la *Conscience* de H. Malot: «Digan lo que quieran Lombroso y Maudsley, se puede ser criminal sin ser loco, ni enfermo. La humanidad toda entera ha comenzado por el crimen; en el hombre prehistórico el crimen era la regla y no la excepción; en nuestros tiempos es todavía la regla en los salvajes; aun se puede decir que en sus orígenes se confunde con la virtud; no han llegado á distinguirse aún el crimen y la virtud en las poblaciones negras del Africa; Mteza, rey de Koau-reg, mataba diariamente tres ó cuatro mujeres de su harem; un día hizo dar muerte á una de sus mujeres culpable de haberle presentado una flor; este Mteza, puesto en contacto con los ingleses, dió muestra de mucha inteligencia y de una aptitud singular para comprender las ideas de los pueblos civilizados. ¿Cómo no confesarlo? Es la *naturaleza* misma la que enseña el crimen; los animales matan á sus semejantes para devorarlos ó por furor ó envidia y sin ningún motivo; hay entre ellos muchos criminales; la ferocidad de las hormigas es espantosa; las hembras de los conejos devoran con frecuencia á sus hijos; los lobos, dígame lo que se

• quiera, se devoran mutuamente; se ha visto á las muje-  
 • res de los orangutanes matar á sus rivales. Estos son  
 • ya crímenes, y si las pobres bestias que los cometen no  
 • son responsables, es preciso entonces *acusar á la na-*  
 • • *turaleza*; ella ciertamente ha asociado muchas mise-  
 • rias á la condición de los hombres y de los animales.  
 • Pero también ¡cuán sublime es este esfuerzo victorioso  
 • del hombre para manumitirse de las viejas cadenas del  
 • crimen! ¡Cuán augusta es esta lenta edificación de la  
 • moral! Los hombres han poco á poco constituido la  
 • • justicia; la violencia que era la regla, es hoy la excep-  
 • • ción; el crimen ha venido á ser una especie de anoma-  
 • • lia, algo de inconciliable con la nueva vida, tal como el  
 • • hombre la ha hecho á fuerza de paciencia y de valor.  
 • Cuando hoy el crimen se apodera de una existencia, la  
 • • roe y la devora; en lo de adelante es un vicio radical,  
 • • un vicio mórbido. El era, él fué en otras épocas el viejo  
 • • protector de los hombres de las cavernas; ahora *em-*  
 • • *ponzoña* á los miserables que le piden la vida.»

Es decir, ¡¡¡la evolución ha creado el *remordimiento*, ha transformado la *bestia humana*, ha elaborado la *Conciencia Moral!!!*



## NOTA DEL ANTERIOR PARRAFO XXVI.

A la evolución del pensamiento filosófico-jurídico en el período corrido desde el siglo XV hasta el XIX, y que hemos procurado delinear en los cuatro últimos párrafos de este tomo, ha correspondido, como era lógico, un desenvolvimiento paralelo de la conciencia social que se ha reflejado en estas tres esferas de la vida humana: el cambio de instituciones y de legislación, ora brusco y revolucionario, ora lento y pacífico; el crecimiento prodigioso de la literatura jurídica, tanto respecto del derecho natural como del internacional; y la aparición de la escuela alemana entregada al estudio del derecho romano, considerado en sus monumentos arqueológicos y en su evolución histórica. Debemos, pues, para completar con estudios de relevie social y bibliográfico la exposición histórica contenida en este tomo, dar una noticia, la más exacta que podamos, de esa triple labor de la evolución jurídica.

### I.

#### Instituciones y Legislación.

1º Ya vimos en el número 251 de este tomo, el estado de la Constitución Inglesa hasta el año de 1300, así como el origen de la Carta Magna, cuyo texto puede verse en Cesar Cantú, tomo IV, página 125 de su *Historia*, así como el juicio crítico de ella por el mismo y por nuestro Vallarta en su *Juicio de Amparo*, advirtiendo aquel historiador que esa *Carta* necesitó veinticinco ratificaciones sucesivas para tener fuerza de ley, á saber: cuatro de Enrique III,